

Angel Soler Ferrero¹

El *carácter destructivo* de Walter Benjamin: la violencia de la creación

The *destructive character* of Walter Benjamin: the violence of the creation

Fecha de recepción: 21 de febrero de 2022

Fecha de aceptación: 13 de mayo de 2022

90

Resumen

Walter Benjamin, en su breve texto *El carácter destructivo*, estudia la destrucción desde dos prismas antagónicos. El texto original, escrito en el período de entreguerras, se hacía eco del ímpetu del *Zeitgeist* de su época, mostrando las características del carácter destructivo que asomaba. Pero este carácter destructivo no ha parado de cesar. En este artículo se busca profundizar sobre estos dos aspectos: por un lado, entendiendo la lógica de la destrucción desde el prisma *edificante* del capitalismo como la expresión de la positividad tóxica (en un sentido psicológico), como una creatividad que patologiza al sujeto y lo condena a su misma disolución, y por el otro, la destrucción como arma generacional para la construcción de un nuevo futuro donde el sujeto se pueda construir a sí mismo.

Palabras clave: capitalismo, destrucción, edificación, salud mental

Abstract

Walter Benjamin, in his short but important text *The destructive character*, studies the destruction from two antagonistic views. The original text, redacted in the inter-war period, echoed of the *Zeitgeist's* impetus of his era, showing the main characteristics of the destructive character that was slowly approaching. But this destructive character doesn't even stop. In this paper, it seeks to go deep in two principal sides: in one hand, trying to understand the logic of the destruction from the *edifying* capitalist view as the expression of kind of toxic positivism (from a psychological view), as a creativity that pathologizes the subject and push him to his auto-dissolution, and, on the other hand,

¹ Angel Soler Ferrero es estudiante en el Grado de Filosofía por la Universitat de València. Contacto: angelsolerferrero@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8570-8395>

the destruction as a generational weapon for the building of a new future when the subject can build himself.

Keywords: capitalism, destruction, edification, mental health

Introducción

El objetivo de este ensayo será proponer una visión alternativa del texto de Walter Benjamin *El carácter destructivo* con el fin de estudiar una nueva visión del proyecto emancipatorio de nuestra generación. La destrucción nos funcionará como el concepto vehicular del trabajo y a partir de aquí estudiaremos sus vertientes como concepto positivo y negativo. De todo esto desprenderemos las distintas interpretaciones del carácter destructivo como afirmación de una creación destructiva, encarnada por el capitalismo, y la destrucción desde su carácter puramente negativo, es decir, como destrucción creativa, como elemento fundamental en la constitución del relato emancipatorio.

Este mismo concepto nos ayudará a estudiar ciertas consecuencias de la sociedad del capitalismo tardío como el positivismo psicológico a partir de Fisher en su libro *Realismo capitalista* o la crisis del sujeto político a partir de Adorno y Nietzsche. A partir del texto de *Mínima moralía* de Adorno profundizaremos en la dicotomía entre objetividad y subjetividad en el capitalismo y cómo esto tiene una influencia marcada en la crisis del sujeto político. Por el otro lado, la lectura de *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche nos proporcionará ciertas herramientas para analizar más profundamente los dos caracteres de la destrucción: la destrucción apolínea y la destrucción dionisiaca. Siguiendo esto, el autor nos ayudará a desentrañar la naturaleza de la crisis del sujeto político como hombre estuche caracterizado en base al *principium individuationis*. Posteriormente haremos uso del texto de *El ornamento de la masa* de Kracauer con el objetivo de estudiar el proceso de abstractividad latente en el sistema capitalista. Estos autores, en definitiva, nos ayudarán a proporcionar ciertas bases para estudiar profundamente el texto de Benjamin y nos aportarán ciertas interpretaciones acerca de cuestiones fundamentales como son la naturaleza del sujeto político y del sistema de las sociedades del capitalismo tardío.



Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos se encontró, de golpe, indefensa en un paisaje en el que todo había cambiado menos las nubes y en cuyo centro, en un campo de fuerzas martilleado por las explosiones e inundado por ríos de destrucción, estaba el diminuto y frágil cuerpo humano.²

El 20 de noviembre de 1931 se publica en el *Frankfurter Zeitung* un breve escrito de Walter Benjamin llamado *El carácter destructivo*. Noventa años después, este texto adquiere una relevancia pasmosa. El *campo de fuerzas martilleado por las explosiones* ha retornado en su mismo creador, en la misma psicología humana. Los *ríos de destrucción* son meras abstracciones, mientras que el *diminuto y frágil cuerpo humano* aún yace postrado delante de la barbarie. Las patologías mentales, fruto de un positivismo psicológico abrumador, son nuestra *destrucción* particular, nuestro *campo de fuerzas*. La violencia, la destrucción, ya no es física, sino que se cierne sobre nuestra manera de entender el mundo. El capitalismo, como las potencias europeas de la Primera Guerra Mundial, ha sido el agente único de esta carnicería; y sus potenciales víctimas somos nosotras, encerradas en una tempestad a la que llamamos *progreso*. La verdadera pobreza de la experiencia es entender que, en las circunstancias actuales, no podemos ni empezar de nuevo. “Entre los grandes creadores siempre han existido aquellos tipos implacables que lo primero que han hecho ha sido tabla rasa.”³ La función de nuestra generación es derruir para edificar.

La sociedad del capitalismo tardío ha quedado ya marcada por la destrucción. La edificación se construye sobre los montones de ruinas que llegan hasta el cielo, sobre la base misma de la destrucción de aquello anterior. “El carácter destructivo solo sigue una consigna: hacer sitio; solo una actividad: despejar.”⁴ Pero el despeje es tan claro, tan conciso, que no queda rastro para recordar el pasado, ni para imaginar un futuro. Los problemas de salud mental no son más que la expresión de esto: el impostado hacer sitio ha entorpecido a los sujetos a construir un nuevo futuro. La lógica subyacente presente en nuestro sistema es, como menciona Adorno en *Mínima moralía*, la muerte. “La lógica de la historia es tan destructiva como los hombres que genera: dondequiera que actúa su fuerza de gravedad, reproduce el infortunio del pasado bajo formas equivalentes. Lo normal es la muerte.”⁵ Y es que tal normalidad está constantemente presente: la falta de

² Benjamin, W.: *Experiencia y pobreza en Iluminaciones*, Barcelona: Taurus, 2018, p. 96

³ *Ibid*, p. 97

⁴ Benjamin, W.: *El carácter destructivo en Iluminaciones*, Barcelona: Taurus, 2018, p. 91

⁵ Adorno, T. W.: *Mínima moralía*, Madrid: Taurus, 1998, p. 53

fe en el futuro, el cambio climático o el colapso inminente son ya realidades fácticas. Ahora bien, la edificación de nuestro momento únicamente se puede revertir destruyéndolo, haciendo nuestro el mismo *quid pro quo* del verdugo, del sistema de producción capitalista. El carácter destructivo, podríamos decir, tiene dos aspectos: el primero se caracteriza por la destrucción a partir de la creación, es decir, por la destrucción ordenada, basada en el cálculo -*ratio*- y el orden dado. El capitalismo como verdugo encarna esta vía, es aquello que, a partir de una interpretación de la famosa distinción de Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*, podríamos definir como destrucción apolínea. Una destrucción basada en una creatividad trascendente y sin fin, que, paradójicamente, debe encontrar en la representación de nada su carácter peculiar. El segundo es su antagónico, es decir, la destrucción dionisiaca. Aquella que absorbe los instrumentos destructivos de su antítesis y se pretende en su superación. Es la destrucción de aquellos que, precisamente, padecen constantemente la destrucción apolínea, o, en otras palabras, son las víctimas de aquel progreso *ad infinitum* que los relega a una posición de oprimidos, aquellos que, por la fuerza, no pueden concebirse a sí mismos más que como una representación de nada. Son los agentes de una edificación negada determinadamente. “Al carácter destructivo no le ronda ninguna imagen, ninguna representación de nada.”⁶ El verdugo únicamente encuentra su confluencia con la víctima en esto: en la representación de nada. La desposesión de un futuro concreto convierte a las generaciones actuales y venideras en verdaderos agentes de cambio: no tenemos ninguna imagen de nosotras mismas como del mundo, de igual manera que nuestro verdugo. En este sentido, el capitalismo es destructivo porque entiende un progreso creativo *ad infinitum*, donde sus medios se adecuan a su mismo proceso productivo: a la acumulación infinita de capital. Esa es la destrucción apolínea. “A semejante imagen apolínea del destructor nos lleva la percepción de lo muchísimo que se simplifica el mundo cuando se comprueba hasta qué punto es merecedor de destrucción.”⁷ Y esa simplificación es nuestro receptáculo, nuestro punto de partida. El mundo capitalista es esa imagen apolínea que merece ser destruida.

El texto de Benjamin presenta esta duplicidad de sentido. La destrucción debe ser edificante en un sentido negativo. El capitalismo representa la otra cara de la moneda, la destrucción desde una creación meramente positiva. No es baladí que vivamos, pues, en la sociedad del positivismo psicológico. Un positivismo psicológico que es la expresión de esa destrucción creativa y que cristaliza en la psicología de los individuos que la componen. La constante apelación a la creación artificial, basada en

⁶ Benjamin, W.: *El carácter destructivo*, op. cit., p. 91

⁷ *Ibidem*



la intromisión de necesidades artificiales, es la idea misma que emergió con el capitalismo. La aventura que emprende el sistema capitalista es buscar placer en el displacer mismo.

Muchos de los jóvenes a los que he enseñado se encontraban en lo que llamaría un estado de *hedonia depresiva*. Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer cualquier cosa *que no sea* buscar placer.⁸

La positividad psicológica se caracteriza justamente en esto: en buscar constantemente placeres artificiales. Esa es la máxima de la destrucción creativa del capitalismo. Así pues, su edificación es pura abstracción, mera falsedad. Los sujetos que emergen de este sistema quedan, pues, contaminados de una positividad psicológica que en ningún sentido es edificante. La creatividad en el capitalismo es la destrucción del sujeto en sí mismo.

El carácter destructivo es el enemigo del hombre estuche. El hombre estuche busca su comodidad y nada es más cómodo que una buena envoltura. El interior del estuche es la huella envuelta en terciopelo que aquel ha impreso en el mundo. El carácter destructivo borra incluso las huellas de la destrucción.⁹

En última instancia el hombre estuche no es más que la creación perfecta del positivismo psicológico. Aquél que, inmerso en su inmanencia aparente, goza de los mismos placeres que le destruyen. Por eso que el *carácter destructivo borra incluso las huellas de la destrucción* porque el sujeto ya tiene la tarea de destruirse a sí mismo. El hombre estuche es, sin ningún tipo de duda, la disolución del sujeto moderno en sí mismo. Esa comodidad, esa buena envoltura se constituye como el solipsismo particular de cada uno. Partiendo de Nietzsche, la individuación, o sease, el *principium individuationis*, termina por configurarse como el constituyente único de los sujetos. En un mundo donde estos quedan tan separados de sí mismos, tan sumamente atomizados, la conciencia de ser uno mismo es lo único que queda. El positivismo psicológico es, pues, la expresión última de esta misma realidad. Pero el hombre estuche no puede, sin embargo, ser consciente del exterior porque se protege del carácter destructivo, creando su destrucción particular. Como bien indica Adorno, la disolución de la autoconciencia es ya, pues, un simple paso más en la cadena.

⁸ Fisher, M.: *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2016, p. 50

⁹ Benjamin, W.: *El carácter destructivo*, op. cit., p. 92

Porque en la fase actual de la evolución histórica, cuya avasalladora objetividad consiste únicamente en la disolución del sujeto sin que de ésta haya nacido otro nuevo, la experiencia individual se sustenta necesariamente en el viejo sujeto, históricamente sentenciado, que aún es para sí, pero ya no en sí.¹⁰

La ruptura total del sujeto moderno se presenta como consecuencia de una *avasalladora objetividad* que impide la reflexión última para ser autoconciencia. Parafraseando a Adorno, el hombre estuche es para sí pero ya no en sí. La falta total de reflexión, de reconocerse en la alteridad, hace que este mismo sujeto se origine en el ya moribundo viejo sujeto. La destrucción implica romper diametralmente con el viejo sujeto para configurar uno nuevo. El problema, en definitiva, es que el primero se mantiene en esa edificación capitalista que termina por encerrarle en sí mismo. Por eso es para sí, porque no puede haber reflexión, no puede haber un retorno del sujeto en sí mismo. El hombre estuche es edificación inmanente, vacía de contenido. Es la formalidad esencial de una subjetividad formal.

Delante de la destrucción realmente necesaria, la verdadera edificación, el hombre estuche se constriñe abstractamente porque debe responder, en última instancia, a un proceso galopante de abstractividad. Esa abstractividad no se puede llegar a entender sin la cristalización última del *principium individuationis*. “Esa divinización de la individuación, cuando es pensada en general como si fuera imperativa e impusiera prescripciones, sólo conoce una única ley, el individuo, la *mesura* en sentido helénico.”¹¹ La idea fundamental es entender que esa divinización de la individuación no es más que aquello que Kracauer definía como los *Märchen* (cuentos de hadas) particulares de una razón enturbiada.

La razón no se mueve en el círculo de la vida natural. Para ella se trata de establecer la instauración de la verdad en el mundo. Su reino está prefigurado en los auténticos cuentos de hadas (*Märchen*), que no son historias maravillosas, sino que representan la maravillosa llegada de la justicia.¹²

Esa llegada triunfal de la justicia es, sencillamente, la consolidación total del hombre estuche. Su destrucción inmanente, su autodisolución como tal, es, por tanto, apolínea. ¿Su ley? La *mesura*, ¿su consecuencia? El abandono. En suma, la destrucción apolínea, como ya hemos visto, es esa destrucción meramente negativa, formal, cuyo objetivo último es impedir que el principio de individuación vaya más allá de su misma

¹⁰ Adorno, T. W.: *Minima moralía*, op. cit., p. 10

¹¹ Nietzsche, F.: *El nacimiento de la tragedia*, Madrid: Tecnos, 2018, p. 60

¹² Kracauer, S.: *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I*, Barcelona: Gedisa, 2008, p. 57



formalidad, es decir, que el sujeto pueda salir de su mismo enredo. Es unidad sin diferencia, pura *sepsigualdad*. La destrucción dionisiaca, en cambio, es esa que permite un reconocimiento del sujeto, del contenido, de la unidad diferenciada. En consecuencia, la abstractividad propia de la destrucción apolínea constriñe al sujeto hacia su misma disolución, o, en otras palabras, a la edificación de este en base a un viejo sujeto, moribundo, encerrado en sí mismo. Ahora bien, falta responder a una pregunta francamente fundamental: ¿quién es este sujeto? El sujeto burgués, el sujeto ahistórico, naturalizado, encerrado en sus mismas cadenas. La máxima expresión de un *principium individuationis* puramente solipsista. Y es que, siguiendo con la línea que nos esboza Kracauer, no hay mayor naturalización que la abstractividad capitalista.

La *abstractividad* predominante denuncia que el proceso de desmitologización no ha concluido. El pensamiento actual se encuentra ante la cuestión de si debe abrirse a la razón o si debe permanecer cerrado ante ella. (...) Por tanto, el desarrollo ininterrumpido del sistema capitalista condiciona el crecimiento ininterrumpido del pensamiento abstracto (u obliga al pensamiento a hundirse en una falsa concreción.) Sin embargo, cuanto más se consolida la *abstractividad*, tanto *menos subyugado* por la razón se encuentra el hombre.¹³

Mark Fisher observó magistralmente como en las sociedades del capitalismo tardío la enfermedad principal que definía al sistema en su generalidad no era tanto la esquizofrenia sino el trastorno bipolar. El capitalismo, en este sentido, se nutre del estado de ánimo de los individuos y a su vez reproduce ese mismo estado patológico. En última instancia, ese trastorno bipolar no se puede materializar sin la formación del hombre estuche el cual queda completamente travesado por una abstractividad capitalista omnipresente que le conduce a su naturaleza depresiva.

Si la esquizofrenia es la enfermedad que señala los límites exteriores del capitalismo, como quieren Deleuze y Guattari, el trastorno bipolar puede ser la patología mental propia del «interior» del capitalismo. (...) En un grado nunca visto en ningún otro sistema social, el capitalismo se alimenta del estado de ánimo de los individuos, al mismo tiempo que los reproduce. Sin dosis iguales de delirio y confianza ciega, el capitalismo no podría funcionar.¹⁴

La naturalización del sujeto ahistórico, burgués, reproduce la esquizofrenia. El hombre estuche, la consecuencia real de éste, el trastorno bipolar. La abstractividad conlleva a la conversión de un sujeto naturalizado. El hombre estuche, sin embargo, se

¹³ *Ibid*, p. 60

¹⁴ Fisher, M.: *Realismo capitalista*, op. cit., p. 66

naturaliza por ser ya en sí mismo abstracto cuyo germen es ya una abstractividad naturalizada. El origen del sujeto burgués, en cambio, es una naturalización abstracta mientras que el *hombre estuche*, por su parte, surge en el interior del capitalismo y reproduce fielmente sus esquemas: del éxtasi extremo propio de la expresión del positivismo psicológico hasta su caída hacia el abismo más tumultuoso. En última instancia, el hombre estuche reproduce la caída en desgracia de la noción de progreso. Si había algo que caracterizaba realmente al sujeto ahistórico burgués era su posición en el paso inexorable de la historia donde él mismo se observaba como principio y potencial fin, un fin que se reproducía en la idea dieciochesca de progreso kantiano. Su constitución era meramente asintótica, nunca cristalizaba en un final real y su evolución era su éxtasis particular, la expansión *ad infinitum* de su ideal. El hombre estuche, en cambio, nació ya moribundo. Su patología principal es la bipolaridad porque su naturaleza es depresiva en sí misma, y, a su vez, es un sujeto que germina a partir de una abstractividad que atraviesa toda la realidad social. El hombre estuche, en definitiva, es el *Angelus Novus* de Benjamin caído en desgracia, negado en sí mismo, el cual encuentra en el progreso una visión catastrófica que no halla en su seno ninguna posible redención.

Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo en lo que fija su mirada. Los ojos como platos, la boca, muy abierta, las alas, totalmente extendidas. Este debe de ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Allí donde *nosotros* vemos un encadenamiento de hechos, él ve una única catástrofe que acumula incesantemente una ruina tras otra, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer tanta destrucción. Pero, desde el paraíso, sopla una tempestad que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja hacia el futuro, al que él da la espalda, mientras que los montones de ruinas van creciendo ante él hasta llegar al cielo. Esta tempestad es lo que nosotros llamamos «progreso».¹⁵

El hombre estuche es víctima y verdugo de un progreso que ya es barbarie. Es más, prefiere la edificación falsa, aparente, apolínea, estable, progresiva, a la destrucción dionisiaca, caótica, constructiva, esencial. Su bipolaridad es, en suma, una esquizofrenia atenuada, producida por los montones de ruinas que acumula en sus pies, pero donde su mirada debe apartarse forzosamente para contemplar un horizonte asintótico sin fin. Si

¹⁵ Benjamin, W.: *Tesis sobre el concepto de historia en Iluminaciones*, Barcelona: Taurus, 2018, pp. 311-312



el sujeto ahistórico burgués encontraba en el ideal regulativo kantiano su razón de ser, el hombre estuche encuentra en el ideal regresivo, depresivo, su razón de ser.

Siguiendo lo mencionado, la experiencia del hombre estuche es real, efectiva. Tan real que le acongoja. La experiencia del sujeto ahistórico burgués era pues su negación, el ideal regulativo convertido en cuentos de hadas. El progreso *ad infinitum* conducía al sujeto moderno a imaginar ficcionalmente nuevos tiempos venideros, pero, desgraciadamente, el reloj apremia, y la destrucción del tiempo -y por consiguiente el espacio- se materializaron como realidad efectiva durante el siglo XX. Los vestigios de esa misma realidad, envuelta en un perfecto estado idílico, empujaron violentamente al nuevo sujeto que se cernía. Los beneficios del progreso kantiano se convirtieron en una nueva barbarie. “Sí, reconozcámoslo: esta experiencia no es solo pobre en experiencias privadas, sino en las de la humanidad en general. Se trata, pues, de una especie de nueva barbarie.”¹⁶ La pobreza de la experiencia es, pues, el elemento de transición entre el viejo sujeto y el nuevo. Delante de la barbarie siniestra del exterior, el sujeto solo podía recluirse en sí mismo. Y aquí se halla el germen del hombre estuche. La famosa tesis de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración* encuentran en este punto su protagonismo: la dominación de la técnica frente a toda posibilidad de emancipación humana, de edificación de un concepto realmente humano de progreso, se desvanecía. Pero entre bambalinas esa dominación, como bien indica Adorno, terminaba por eternizar al sujeto.

“...): el dominio universal sobre la naturaleza se vuelve contra el mismo sujeto pensante, del cual no queda más que aquel «yo pienso» eternamente igual, que debe poder acompañar todas mis representaciones. Sujeto y objeto quedan, ambos, anulados.”¹⁷

Mientras el sujeto burgués entumecido, soñador, construido en base a una pobreza de la experiencia real llevaba a cabo las peores atrocidades, el nuevo sujeto debía afrontar esa experiencia real llamada barbarie. Una barbarie que, sin embargo, debía ser un elemento constitutivo de su nuevo ser.

¿Barbarie? En efecto. Pero lo decimos para introducir un concepto nuevo, positivo, de «barbarie». ¿Pues adónde lleva al bárbaro la pobreza de la experiencia? Lo lleva a comenzar desde el principio, a empezar de nuevo, a pasárselas con poco, a construir desde lo mínimo y sin mirar ni a diestra ni a siniestra.”¹⁸

¹⁶ Benjamin, W.: *Experiencia y pobreza*, op. cit., p. 96

¹⁷ Adorno, T. W. & Horkheimer, M.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta, 2018, p. 79

¹⁸ Benjamin, W.: *Experiencia y pobreza*, op. cit., p. 97

Y es que la consolidación del hombre estuche a partir de esa misma barbarie le conduce a comenzar desde el principio. La dominación fue efectiva en su totalidad, pero el resquicio de la posibilidad nunca fue cercenado. El nuevo mundo demacrado, destruido, abría la total oportunidad de hacer tabula rasa. La experiencia tan atterradoramente real que el nuevo sujeto debía de padecer era un desafío en su pleno sentido. Delante de la tabula rasa efectivamente real que se le presentaba al hombre estuche, fue necesario que apareciese su contraparte: el sujeto-destructor. La verdadera tarea de este era revertir esa destrucción total y crear para volver a crear desde una última destrucción. El nuevo sujeto se presenta, pues, como dualidad: por una parte, se ve sometido a los designios de la abstractividad capitalista, a la destrucción en un sentido apolíneo, al recogimiento de sí mismo. Por la otra, se abría la posibilidad de crear a partir de una destrucción completamente bárbara, a partir de una edificación realmente efectiva. Por eso justamente la destrucción del nuevo sujeto debe de presentarse como última. Su misión es justamente derruir aquello que materializó la destrucción total, el sistema económico capitalista, en definitiva. Esa encomienda es la que arrastramos hasta el día de hoy: derruir para edificar.

El hombre estuche es el sujeto mismo de nuestra realidad. Un sujeto que se encuentra desgarrado en su individualidad pero que encuentra su potencial en la destrucción última, dionisiaca. El principio de individuación se ha divinizado y entre tanto ha encerrado al nuevo sujeto en su misma cárcel. El capitalismo, su verdugo, ha hecho de la destrucción su *raison d'être*. *Puede ser que nuestra tarea sea revertir esto. El capitalismo produce exteriormente para destruir interiormente. De lo que se trata, sin embargo, es de construir interiormente para destruir exteriormente. Los caminos se abren inexorablemente frente al nuevo sujeto y su objetivo es transitar en ellos:*

El carácter destructivo no tiene nada por duradero. Pero, por eso mismo, ve caminos por todas partes. (...) Reduce a escombros todo lo que existe, y no por el gusto de los escombros, sino por el camino que pasa a través de ellos.¹⁹

La idea principal es entender que hay que *reducir todo a escombros* para hacerse un camino de una vez por todas. Sería necesario volver a la octava tesis sobre Feuerbach de Marx para consolidar este camino: "La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica."²⁰ No hay nada más práctico

¹⁹ Benjamin, W.: *El carácter destructivo*, op. cit., p. 93

²⁰ Feuerbach, L. & Marx, K.: *La filosofía del futuro. Tesis sobre Feuerbach*, Buenos Aires: Calden, 1969, p. 158



que la destrucción del misticismo, de la verdadera consecución de una creación verdaderamente positiva en base a la práctica humana. Al hombre estuche le es indiferente la valía de su vida, su existencia se reduce a saber que el suicidio es algo que no merece la pena. “El carácter destructivo no vive del sentimiento de que la vida sea valiosa, sino del sentimiento de que el suicidio es algo que no merece la pena.”²¹

Conclusiones

Para concluir, hemos podido observar como el texto de Benjamin nos puede servir para consolidar un relato para el nuevo proyecto emancipatorio que se avecina. El propio texto en sí y las aportaciones complementarias de otros autores ayudan a una mayor comprensión de la realidad actual del capitalismo tardío. La propuesta surge, pues, a partir de la crítica y el objetivo fundamental es entender como el discurso subyacente en el sistema capitalista provoca ciertos elementos que cuestionan la existencia de un sujeto político activo y revolucionario. Por el otro lado, nos puede ayudar a desentrañar la naturaleza del psicologismo psicológico como un producto de la destrucción creativa del capitalismo. En última instancia, lo que se busca es entender como el capitalismo mediante su discurso empuja a los individuos a buscar obstinadamente ciertas prácticas que le postran a su misma disolución. En contraposición, el ensayo profundiza en intentar encontrar en esos elementos una posibilidad real de emancipación.

El proyecto emancipatorio debe encontrar en la disolución su razón de ser. El cometido fundamental de nuestra generación es, como se ha mencionado, destruir para edificar. La realidad abrumadora del capitalismo tardío aletarga a los individuos, y su misma capacidad de análisis y propuestas para un futuro se acomoda a una amalgama de elementos que niegan tales posibilidades revolucionarias. El capitalismo construye su relato a partir del progreso, como elemento fundamental de su destrucción creativa, y su amodorrado sueño despierta las mayores barbaries. El hombre estuche es el sujeto propio de nuestra generación, un producto necesario del sujeto ahistórico burgués que caracterizó la idea misma de progreso. Un progreso que nos ha conducido a una representación de nada, a una idea vacía de futuro. Esa base se constituye como la realidad esencial de nuestra generación: los mismos instrumentos que han conducido a las sociedades humanas a su autodestrucción pueden servir, a su vez, como punto de partida del relato emancipatorio. El objetivo último era mostrar como el carácter

²¹ Benjamin, W.: *El carácter destructivo*, op. cit., p. 93

destrutivo, como destrucción edificante, es decir, en su segundo sentido, debe constituirse a partir de la *praxis* como bien definió Marx.

Bibliografía

Adorno, T. W., & Mielke, J. C: *Minima moralia*. Madrid: Taurus, 1998.

Adorno, T. W., & Horkheimer, M.: *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta, 2018.

Benjamin, W: *Iluminaciones*. Barcelona: Taurus, 2018.

— *Experiencia y pobreza* (pp. 95 – 100)

— *El carácter destructivo* (pp. 91 – 93)

— *Tesis sobre el concepto de historia* (pp. 307 – 318)

Feuerbach, L., & Marx, K.: *La filosofía del futuro. Tesis sobre Feuerbach*. Buenos Aires: Calden, 1969.

Fisher, M.: *Realismo Capitalista: ¿No Hay Alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2018.

Kracauer, S.: *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I*. Barcelona: Gedisa, 2008.

Nietzsche, F.: *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Tecnos, 2018.